

Pedro lo vió, y su semblante se cubrió con la púrpura de la ira; pero reconcentrado como siempre, guardó el más absoluto silencio.

—¿Ya sabréis la novedad que corre?—dijo uno de los labradores viejos que había llegado de los últimos.

—¿Qué se casa la sacristana con el cojo?

—¿Que el botero ha comprado una viña?

—¿Que festeja *Relojes* á la chica del *Empapelado*?

—¡Ca! Nada de todo eso—respondió el labrador, mirando á los que habían hecho las anteriores preguntas y meciedo la cabeza;—¡es cosa más gorda!

—¿Más que eso?

—¡Mucho más!

—Pues yo no sé que haya en el pueblo otras novedades.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Pues yo sí, y allá va una que os va á atontar. Lorenzo ha vuelto.

Un rayo que hubiera caído en medio de la asamblea no la hubiera aturdido más que estas sencillas palabras.

Joaquina dejó caer el bocado que llevaba á la boca.

Juan María palideció como un cadáver.

Pedro, que iba á beber vino, lo derramó todo en el mantel, porque su mano temblaba convulsivamente.

¿Quién era aquel Lorenzo, cuyo solo nombre producía aquel efecto en toda la familia?

La conversacion de los presentes nos lo dirá.

III.

ARDIDES DE MARTA.

Juan María fué el primero que adquirió fortaleza para hablar.

—¿Cuándo ha podido llegar.... *esa persona*?—dijo como si las palabras le abrasasen los labios.

—Ha llegado anoche, segun me ha dicho Juan, el que cuida de la casa desde la muerte del pobre Bruno.

—¿Y no teme ese mal hombre que se le caigan encima las paredes de la casa de su padre?—exclamó Joaquina con vehemencia.

—Parece que no.

—Pues casi debía esperarlo—dijo una labradora jóven.

—¡Pobre Bruno!—añadió otra;—¡su bribon de hijo le mató!

—¡Y cuánto padeció ántes de morir!

—Me ha dicho Juan—prosiguió el que había dado la noticia de haber llegado aquel misterioso personaje—que Lorenzo viene desconocido; hecho un viejo, arrugado y calvo.

—¡Él, que era tan buen mozo y tan gallardo!—dijo una labradora.

—No tiene edad para eso—repuso otra de las más ancianas, y madre de la anterior;—apénas tendrá cuarenta y un años.

—Trae una niña de doce, hija suya.

—¡Hija suya! ¿Se casaría por fin con aquella mujer?

—No lo sé, ni creo que lo sabremos nunca; lo que habrá de positivo es que tendrían esa niña y que ella la abandonaría para no tener sujeciones.

—Es lo probable; esa clase de mujeres no tiene ningún apego á sus hijos.

—¿Y la chica es bonita?

—Como un sol: blanca como la leche, con un pelo negro que le arrastra, y unos ojos así de grandes, negros también.

Y el narrador apoyó la punta del índice de su mano derecha en la mitad del de la izquierda, para señalar el tamaño de los ojos de la hija de Lorenzo.

La cena prosiguió callada y triste despues de sabida esta noticia, y casi todos dejaron de comer.

—Siento mucho que haya venido ese hombre aquí— dijo Juan María;—aunque le perdoné, rogaba á Dios que no le trajese nunca delante de mis ojos.

—Y yo también—dijo Pedro con voz concentrada y sombría.

—No tiene que temer ningún mal de nosotros—prosiguió el antiguo alcalde, que leía en el corazón de su hijo mayor:—el ángel que nos dejó para irse al cielo nos hizo ofrecer que no le pediríamos cuenta de su vida: ¿te acuerdas, hijo?

—Me acuerdo, padre—respondió Pedro enjugándose una gruesa lágrima—y no tenga V. miedo de que yo falte á la palabra que le dí..... ¡aunque han pasado trece años, la tengo grabada en el alma!..... No me meteré con

Lorenzo, pero digo lo que V., mejor quisiera que no hubiera venido.

—¡Jesús! ¡cuánto llorar la muerte de tu dichosa hermana!—dijo Marta en voz baja á Mariano;—¿cuándo acabarán de gimotear por ella?

—Chica, nunca—respondió Mariano;—aquí es el cuento de nunca acabar en tocándose ese asunto.

Pedro seguía con torvo ceño la conversacion en voz baja de su hermano y de Marta.

—¿Quién ha plantado aquel hermoso rosal en la avenida de los sauces y al lado de la fuentecita?—dijo una de las jóvenes para variar de conversacion.

—Yo no—dijo Mariano.

Pedro guardó silencio, pero se puso encarnado.

—Es milagroso—añadió otra labradora;—aunque es invierno, crece allí que da gusto su varita, y pronto echará yemas; y á la primavera estará lleno de rosas, que despedirán un olor á gloria.

—No he ido allí hace algún tiempo—dijo Joaquina—hace ya muchos años por mejor decir..... ¡allí cerró los ojos para siempre mi pobre hija!

—Yo he ido algunas veces á rezar por ella—añadió Juan María con voz alterada.

—Ya volvemos á los gimoteos—dijo Marta impaciente.

—¡Ya vuelves tú á ser desvergonzada!—gritó Pedro con voz de trueno:—lista, levanta la mesa, que ya hemos acabado todos.

La muchacha se mordió los labios; habia creído que nadie la escuchaba.

— Marta se va haciendo una guapa chica — dijo uno de los labradores con aquella buena fe de las aldeas que sólo desea consolar al humillado.

— Le sobra una cosa — dijo Pedro.

— ¡Y qué es!

— Lengua y *fantasia*; pero madre tiene la culpa, que le da humos de princesa.

— Vamos, hijo, ¿cuándo te veremos contento? — dijo Juan María; — ¿ni qué mal hay en que tu madre dé gusto á la pobre Marta, que desea andar bien puesta?

— Ella le dará el pago.

Y Pedro, dichas estas palabras, se fué á sentar á su sitio de costumbre, al lado del fagon.

Levantada la mesa, y arreglada la cocina, Marta se sentó, tomó su rueca, y Mariano se colocó á su lado, como habia hecho ántes.

— Me alegro de que vengas aquí — le dijo ella; te voy á decir una cosa.

— Dila — replicó el jóven.

— Mañana salgo de esta casa para ir á servir á otra parte.

Mariano la miró con aire sorprendido, pero de ningun modo alarmado ó triste.

— ¿Por qué te quieres ir? — le preguntó riéndose con incredulidad.

— Porque no puedo sufrir el genio de tu hermano.

— No le hagas caso.

— Esto lo pude hacer miétras era una chiquilla; pero ahora tengo diecisiete años, y me avergüenza á cada instante delante de las gentes.

— Vamos, ¿no sabes que lo mismo hace conmigo? Es su genio: mi padre debia habérselo domado de pequeño y no lo ha hecho: ahora nadie le puede sufrir; pero haz como yo, que es lo mejor: no le hagas caso.

— Tú agnántale, si quieres, que para eso es tu hermano: pero yo no tengo necesidad de eso, y me voy.

— Cuando gruña como ahora, piensa en que yo te quiero — repuso Mariano con más ternura y algo sorprendido del pertinaz deseo de marcharse, que Marta manifestaba.

— ¡Ah! — suspiró ésta poniéndose colorada; — ¡si tú me quisieras como dices!.....

— ¿Qué?

— ¡Otra cosa sería!

La bella cara de Mariano tomó una expresion muy pronunciada de desprecio, y respondió despues de una corta pausa:

— Oye, no me vengas á hablar de casamiento, como siempre que te digo que te quiero: ya no es la primera vez que te digo que á los veintidos años no puedo casarme, ni de hacerlo, lo haria contigo tampoco.

Lágrimas de rubor y de ira se agolparon á los ojos de la jóven al oir estas palabras: realmente, amaba á Mariano, y era el primer hombre á quien habia querido: deseaba con ánsia casarse con él, mucho ménos por su hacienda, que por el verdadero cariño que le profesaba; en una palabra, Marta estaba enamorada como se está en los primeros años de la juventud y la primera vez que se ama.

Mariano, enojado con la insistencia de la muchacha,

miró á otra parte, y no pudo ver el efecto que sus duras palabras habian causado en Marta; pero ésta se encargó de hacer que se volviera hácia ella.

—Entónces—observó—repito lo que ántes dije: mañana me voy.

—¿Es empeño?—preguntó el jóven:—en ese caso, véte con Dios.

—No; no es empeño—repuso ella sin poder contener las lágrimas, sólo que veo que aquí incomodo á todos.

—¿Y mi madre?—preguntó Mariano.

—Tu madre hallará pronto otra criada.

—Eres ingrata y ambiciosa, Marta, y eso ya lo sabía yo; aquí no estás mirada como criada, sino como hija de la casa: yo te quiero..... y eso es sin duda lo que te ha metido en la cabeza ese empeño de que nos casemos así, en seguida..... ¿no puedes esperar? Da tiempo al tiempo..... ¿quién sabe? ya te he dicho que soy muy jóven, y tú lo eres más.

—¡Tantas se casan de nuestro tiempo!

—No importa: yo sé que, haciéndolo ahora, daría un disgusto á mi padre; en fin, espera y luégo verémos.....

Parte de la tertulia se levantó para marcharse, con gran contento de Mariano, que ya habia agotado todas sus razones para convencer á Marta, y que sentia que persistiese en la idea de marcharse.

Le gustaba la muchacha, y al sentirse cerca de perderla, le parecia que le gustaba más que ántes.

Todos los concurrentes se despidieron, porque eran ya las diez, y poco despues el silencio y la tranquilidad reinaban en casa de Juan María.

Sin embargo, pasiones nobles y pasiones bastardas se agitaban en aquella cocina, donde habian quedado solos el padre, la madre, los dos hijos y Marta.

Pedro miraba á la jóven con profunda pena: si alguna vez le habia dirigido ella los ojos, habia sido con expresion rencorosa y enconada, porque no podia perdonarle sus continuas reprimendas.

Y sin embargo, ¡él la amaba tanto!

Mariano estaba inventando el medio de retener á Marta que se le escapaba: su fisonomía, solapada y nebulosa, expresaba la reflexion: tenia plegados sus delgados labios y fruncida la frente.

—Vaya, hijos, á dormir—dijo bondadosamente Juan María;—que os levantaiis con el alba para el trabajo y estaréis cansados.

—Y la pobre Marta se levanta á la misma hora, ó ántes, para hacerles el almuerzo—añadió Joaquina.

—Por eso se cansa—respondió súbitamente Mariano.

Marta se puso como las amapolas: su deseo de marcharse no era tan firme que no sintiese verle descubierta.

—Ya lo creo que se cansará—respondió sencilla y bondadosamente Joaquina;—para ayudarla me levantaré yo mañana bien temprano.

—Puede que ya no la halle V. en casa, madre—repuso el jóven malignamente.

—¡Que no la halle ya en casa—exclamó la madre admirada!

—Eso ha dicho.

—Pero ¿por qué?

— ¡Dice que se quiere marchar!

— ¿Se quiere marchar? — preguntó admirado también Juan María; — ¿por qué? ¿á dónde?

— ¿Por qué? Porque dice que no puede sufrir el genio de Pedro, que siempre la está riñendo. ¿Á dónde? Á servir á otra casa.

— ¡Eso no puede ser! — exclamó Joaquina afligida y acercándose á tomar la mano de Marta: — hija, ¿á dónde has de ir que no sufras algo? ¿No sabes lo que te queremos Juan María y yo? Y mi hijo, á pesar de su genio fuerte, tiene un corazón de oro..... ¿Qué culpa tiene él de no ser de condición tan suave como Mariano? Hija, *¡genio y figura, hasta la sepultura!*

Marta tenía la cabeza baja y estaba como avergonzada. En aquella alma fría y egoísta no penetraba ninguna de las tiernas palabras de la anciana: sólo la avergonzaba un poco, porque al fin sólo contaba diecisiete años, el que hubiera descubierto Mariano un proyecto que sólo le había comunicado para conocer sus intenciones respecto á ella.

— Hija mía — prosiguió Joaquina — todos tenemos que sufrir unos de otros: el que piense otra cosa vive engañado: nadie es justo, y debemos disimular con paciencia las faltas de los demás, para que nos disimulen las nuestras: yo te quiero como una madre; mi marido también: ¿para qué quieres ir á conocer caras nuevas? Hay un refrán que dice, *más vale malo conocido que bueno por conocer.*

— Puede que la chica esté enojada porque no queremos aquí á su madre — observó Juan María; — pero, hija,

cree que su compañía no te conviene: es murmuradora, entrometida, preguntona: todo lo quiere saber, y luego levanta chismes en la punta de un alfiler; además, es tan interesada, que no te puede dar buenos consejos: á tu pobre padre le hizo pasar el purgatorio en vida. ¿Es ella la que te ha dicho que te vayas de casa?

— No, señor — respondió Marta; — nada me ha dicho.

— Lo había sospechado así, y no sería extraño; pero, en fin, no hay por qué nos dejes. Pedro no volverá á meterse en lo que hagas, ni á regañarte; pero, si lo hace, mira ántes de incomodarte si es con razón, y enmiendas la falta que te reprenda para otra vez. ¡Ea! Fuera rencillas: recemos el rosario, y á dormir en seguida para ganar el pan de cada día.

Joaquina sacó el rosario de su bolsillo, y empezó á rezar, contestando todos, ménos Mariano, que, según costumbre de cada noche, se dormía profundamente á la segunda Ave-María.

IV.

LOS DOS HERMANOS.

Rayaba la aurora del día siguiente cuando los dos hermanos se dirigían al campo, acompañados de algunos jornaleros de su casa, para emprender las acostumbradas tareas.

La mañana estaba fría y serena: el cielo morado y sin nubes presagiaba un bello día y un brillante sol: casi todos los vecinos de Cabañas iban también en dirección á los campos, llevando delante sus caballerías de labor.

Detrás de los dos hermanos Carrasco iban también, conducidas por los peones, cuatro poderosas mulas de labranza.

Pedro, que tan silencioso había oído en la noche anterior el deseo de Marta de dejar la casa de sus padres y las cariñosas reflexiones que éstos le hacieran, iba callado y meditabundo; sin embargo, la palidez de sus facciones y los círculos violados que rodeaban sus ojos decían demasiado claro que no había dormido casi nada en la pasada noche.

Llegados al campo, los peones se pusieron á trabajar. Mariano se sentó y sacó su bolsa de cuero para fumar un cigarro.

Pero viendo que su hermano sacaba también la suya, volvió á guardarla y esperó.

Pedro estaba tan distraído que no reparó en esto: sacó la bolsa, puso tabaco en su mano, y dijo al otro:

—¿Quieres fumar?

—Venga—dijo Mariano, que contaba con la generosidad de Pedro.

—Vamos á sentarnos un poco sobre la hierba, y fumaremos mientras te hablo—dijo Pedro gravemente á su hermano.

Éste le miró asombrado: el sentarse era cosa muy extraña en los hábitos laboriosos é infatigables de Pedro.

Pero como todo lo que fuese holgar le gustaba mucho, no le hizo observación alguna y se sentó.

Pedro se sentó también en un ribacito á su derecha.

—Mariano—dijo con voz insegura y chupando, para disimular su turbación, el cigarro que tenía en la boca—óyeme, y te ruego que, á lo ménos una vez en tu vida, seas franco al responderme.

—¿Pues cuándo he dejado yo de serlo?—respondió Mariano, que jamás había dicho una verdad.

—Has nacido con doblez—continuó Pedro—y no es tuya la culpa; yo he nacido bruto, y tampoco la culpa es mía. Dios sabrá por qué nos ha hecho así: yo no me meto á preguntárselo, ni me quejo de ello: como soy un bestia, de genio duro, y como me gusta llamar al pan pan y al vino vino, pocas personas se acomodan conmigo; pero las que se acomodan, las que me entienden, las que saben que aquí no hay más que caridad y amor para todos—y Pedro se golpeó el pecho con su grande y gruesa mano—esos me quieren siempre y dicen como madre: *Genio y figura, hasta la sepultura*: es un cordeiro con piel de lobo.

—Bien; pero ¿á qué viene todo eso?—preguntó Mariano muy admirado.

—Ahora lo verás—repuso Pedro, que había hallado en el cigarro que chupaba con furor, una animación y una facundia admirables;—calla y espera un poco, que ahora lo verás. Tú eres de genio más suave, y tienes más *pésquis* que yo: eso lo conoce cualquiera: en cambio eres solapado, fingido, incapaz de querer á nadie; así, pocos te querrán á tí de veras: gustarás más que yo,

pero te estimarán ménos : ahora bien, ya hemos llegado á lo que tenia que decirte. ¿Tú quieres á Marta?

—¡ Psit !..... así, así — respondió Mariano dándose importancia.

— Eso no es responder. ¿ La quieres? Si ó no, como Cristo nos enseña.

— Me gusta, no te lo quiero negar.

— ¿ Pero mucho?

— Mucho : es la muchacha más bonita del lugar.

— ¿ Te gusta hasta el punto de pensar en casarte con ella?

— No por cierto — respondió Mariano con firmeza : — para casarse con una mujer no es bastante que nos guste, sino que sus prendas nos convengan.

— ¿ Y no te conviene Marta?

— ¿ Me habia de casar yo con la criada de casa?

— ¿ Y qué tiene eso que ver? ¿ Porque sea pobre ha de ser mala?

— No digo tal cosa ; pero nunca me casaré con ella.

— ¿ Deja de ser, porque nos sirva, honrada y linda? ¿ No nos servía nuestra pobre hermana?

— Ya decia yo que no dejarias tú de sacar á colacion á nuestra pobre hermana — dijo Mariano con una risita falsa y de malvada burla.

— Mariano — respondió Pedro con cierta solemnidad severa — en toda mi vida tomaré una resolucion formal y decisiva sin acordarme de aquel ángel que me queria tanto, y á quien yo queria del mismo modo : desde que perdimos á Celeste, le pido consejo para todo, lo mismo que cuando vivia.

— ¡ Que le pides consejo ! ¿ De qué modo? — preguntó Mariano grandemente asombrado.

— Rezando — respondió su hermano con voz alterada por una emocion profunda.

— ¿ Rezando?

— Sí, rezando.

— Chico, la verdad — respondió Mariano — te habia tenido siempre por muy bruto, pero nunca por loco.

— No extraño que ahora pongas en duda mi juicio — repuso Pedro con una melancólica sonrisa, y sin irritarse, segun costumbre, con los dicerios de su hermano : — tú no puedes entender lo que te digo ; pero volvamos á hablar de Marta : si no piensas casarte con ella, ¿ por qué te pones siempre á su lado? ¿ por qué le hablas al oido? ¿ por qué bailas siempre con ella? en fin, ¿ por qué la comprometes á los ojos de todos?

— Chico, pues si uno se hubiera de casar con todas las mujeres que le gustan ó galantea.....

— Es que la pobreza obliga. Si Marta tuviese padre, ó fuera hija de alguna viuda acomodada, no le harias tanto daño, y puede que aún hallára marido ; pero como no tiene nada, será difícil que lo encuentre si tú la dejas cuando te canses de aparentar lo que no sientes.

— ¿ Y á mí qué me importa?

— ¿ No te importa perder á una mujer?

— Por eso no se pierde.

— Dejemos disputas — dijo Pedro con autoridad — y óyeme : si no quieres verdaderamente á Marta, si no piensas en casarte con ella, yo la quiero y la haré mi mujer.

— ¡Tú! — exclamó estupefacto el joven.

— Yo.

— ¡Pues si ella quería irse por no aguantarte!

— Ya lo sé.

— ¿Y piensas que se querrá casar contigo?

— Allá verémos ; pero te advierto una cosa, y te encargo que no se te olvide.

— ¿Y qué es?

— Que desde hoy no dirijas los ojos á Marta más que como á una hermana ; porque si haces otra cosa, ¡ pobre de tí ! Ya te he preguntado ántes que si la querias ó no.

— Y te he respondido la verdad : me gusta, pero no la quiero.

— Pues haz por que no te guste ya, y olvida el que te haya gustado : ya sabes que hablo poco y no te lo he de volver á decir de palabra, sino de obra.

Pedro, al acabar de pronunciar estas palabras, tomó su azada y se puso á trabajar con vigor.

Su hermano le lanzó una mirada rencorosa : el que la hubiera visto hubiera conocido todo el ódio que se ocultaba bajo ella para el honrado y austero Pedro.

Poco á poco aquella expresion fué sustituida por otra muy diferente : alumbró sus ojos una malvada alegría, y la claridad de aquellos ojos, de expresion falsa y melosa como la del gato, descubrió un mundo de pensamientos malvados y hostiles.

En efecto, su entendimiento vivaz y rastrero le habia mostrado un sendero tortuoso, pero alumbrado por la luz deslumbradora de lejanos placeres y de la venganza, fruto sabroso de las almas ruines.

Marta le agradaba, y le hubiera sido en extremo doloroso perder su conquista : no quería casarse con ella ; pero, casándose ella con otro, se creaba un inconveniente, que él podia llamar ingratitud, aunque lo bendijese interiormente : podia quejarse, lamentar que su hermano hubiese tomado lo que él no habia querido, y alcanzar recompensa por aquel dolor que la ingrata le habia causado.

Tal fué el raciocinio de Mariano.

Marta casada con Pedro, era más suya, mucho más suya que siendo libre.

Es verdad que la venganza del *lobo*, como él le llamaba, podia ser terrible ; pero, ¡ bah ! ¿ para qué habia de saber lo que pasaba ? Siempre son los maridos los últimos que saben esas cosas, y él era bastante astuto para obrar del modo que Pedro no lo supiera nunca.

Entre tanto, Pedro cavaba sin sospechar los negros pensamientos que llenaban la cabeza de su hermano : la paz y la alegría habian descendido á su corazon al pensar seriamente en casarse con Marta. ¡ Era feliz ! Sus facciones se habian dilatado, y se leia en ellas una expresion sublime de inefable y serena esperanza.

De vez en cuando alzaba la cabeza y miraba al cielo como para darle gracias ó como si su vista buscase, para fijarse, un punto luminoso como el que él sentia dentro de su corazon.